

José María Pérez
PERIDIS



EL TESORO
DEL CONVENTO
CAÍDO

JOSÉ MARÍA PÉREZ «PERIDIS»

EL TESORO DEL CONVENTO CAÍDO



© José María Pérez «Peridis», 2025
© Editorial Planeta, S.A., 2025
Espasa, sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Primera edición: octubre de 2025

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 15.504-2025
ISBN: 978-84-670-7889-3

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impresión: Liberdúplex
Impreso en España-*Printed in Spain*



CAPÍTULO 1

DE CUANDO LA ABUELITA FUE LA CAPERUCITA DEL LOBO

—¡Quiera Dios que a este niño le veamos de arzobispo de Toledo! —exclamó el párroco de Cabezón de Liébana después de bautizarme en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y secar con un paño blanco el agua que había vertido sobre mi cabeza.

—¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío! —contestó mi madre, esperando que las amables palabras de don Victoriano se convirtieran en una segura y confortable vida terrenal, alejada de las penurias de la España de la posguerra, y un seguro de vida eterna. De ahí que durante bastantes años intentara conducirme a la carrera eclesiástica.

Estábamos en el apogeo de la Segunda Guerra Mundial, y allí por donde había pasado la Guerra Civil todo era hambre y devastación. En aquella circunstancia, el seminario era una salida muy recomendable para los niños de las familias numerosas de los pueblos norteños, especialmente para los segundones. Así lo puso Cervantes en el *Quijote* en boca del capitán cautivo: «Hay un refrán en nuestra España, a mi parecer muy verdadero, que yo digo: “Iglesia o mar o casa real”, como si más claramente dijera: “Quien quisiere valer o ser rico, siga o la Iglesia o navegue, ejercitando el arte de la mercancía, o entre a servir a los reyes en sus casas”».

Aunque mis padres, Froilán y Teodosia, eran oriundos de La Pernía, en la Montaña Palentina, a mi padre, que era guarda forestal, al poco de acabar la Guerra Civil, le trasladaron a Liébana en un momento en que los perdedores de la guerra se habían refugiado en los montes lebaniegos.

Allí llegaron con Rosa y Jesús, de dos y un año, y conmigo, casi recién nacido.

Yo tenía solo tres años cuando salimos de Liébana, pero me llevé conmigo recuerdos que me acompañaron durante toda mi vida, especialmente mi estancia en la escuela de Cabezón de Liébana. Ocurrió un día de feria en Potes en el que mi madre dejó a Jesús y a Rosa en casa de una vecina que se llamaba Juanuca, y a mí me llevó a casa de mi padrino Baldomero, amigo de mi padre y capataz de camineros. Su hijo Jacinto tendría cinco años y se le ocurrió que fuera con él a la escuela que estaba a la orilla del río. Pasar de la casa a la escuela fue un desgarró y una experiencia muy traumática. Yo pensaba que mi madre me había «abandonado»; la escuela era un mundo ruidoso y hostil, lleno de niños extraños para mí, que se pegaban, gritaban desaforadamente y corrían como locos. Pero lo peor vino después, porque, a poco de empezar la clase, a Jacinto le soltó un coscorrón el maestro, para escarnio de toda la clase y bochorno mío, que pensaba que le habían pegado por mi culpa, por haberme llevado de tapadillo, *mea culpa, mea maxima culpa*.

Con tres hijos muy pequeños, unos montes llenos de peligros y la mujer esperando angustiada día y noche, no es de extrañar que mi padre quisiera volver a toda costa a los montes de su tierra y, cuando hubo una vacante, gracias acaso a su hermano Laureano, que era canónigo en la catedral de Palencia, le trasladaron a la tranquila villa de Aguilar, que por aquel entonces tendría tres mil habitantes y olía a galletas, sobre todo cuando tostaban las de vainilla. Eran famosas en toda España las galletas Fontaneda. También tenían buen nombre Gullón, Fontibre y Ruvil. Pero, para mis padres, lo mejor de la mudanza fue que había dos colegios, el San Gregorio, de frailes menesianos, y el colegio femenino de la Compasión, en los que, hasta los catorce años, podríamos estudiar los primeros años de bachillerato.

Vivíamos en el primer piso de una casa que por el norte daba a la calle del Puente, donde hoy está el restaurante Cortés, y por el sur, a la Cascajera, paseo local a la orilla del famoso río Pisuerga. Al poco de llegar, me recuerdo asomado a la ventana, contemplando a un grupo de niños que jugaban animadamente. Deseoso de sumarme a su diversión, bajé corriendo a la calle para incorporarme a sus ires y venires. Pero tal vez porque les resultó extraño mi acento lebaniego o quizás porque el juego ya estaba cerrado, el caso es que no me dejaron integrarme, y un poco mohíno tuve que regresar a mi privilegiado observatorio para ver la evolución del juego, algo que no era tan divertido como participar en él.

Al cabo de un rato, no quise darme por vencido y bajé a la calle para intentarlo de nuevo, pero tampoco esta vez tuve suerte. Lo hice varias veces, aunque sin éxito. Desde entonces, siempre he querido ser actor y observador al mismo tiempo; tal vez por eso anduve toda mi vida «repicando y en la procesión».

La calle del Puente, entonces llena de vida, corría paralela al Pisuerga, un señor río que, en la villa de Aguilar, discurre caudaloso de poniente a levante. Al inicio de la calle hay un molino, y enfrente, justo al lado de la casa de Juanito Mona, está la ermita de San Roque. Siempre que pasábamos por delante, le cantábamos al santo:

—San Roque bendito tiene un perrito, ni come ni bebe, y está muy gordito.

La calle arranca con una cuesta muy pronunciada por la que bajaban, a toda velocidad en sendos triciclos, dos niños enormes: Gregorio —Goyo— y Rafael Ruiz, a quienes yo tenía un respeto reverencial, por los triciclos y porque iban recién peinados y vestidos impecablemente cuando pasaban por delante de mi casa para ir al colegio —con sus mochilas de cuero marrón, llenas de hebillas y correas—. Soñaba con que aquellos niños se acordaran de mí cuando la cartera se les quedara pequeña, pero nunca me atreví a expresarles mi deseo oculto. Rafa se quedó en el pueblo, pero a Goyo le perdí la pista, porque se fue a estudiar a Valladolid y después se marchó con los jesuitas.

Mi padre decía que yo iba a ser misionero, y me enseñaba geografía en los mapas de una enciclopedia. Le veía algo más que en Liébana, y me hacía muy feliz cuando me ponía su gorra en la cabeza mientras yo miraba hacia arriba admirando su verde uniforme con brillantes entorchados rodeando la pica y el hacha. Tenía en la cabeza el escalafón, porque cuando mi hermano Jesús mandaba a Rosa a buscar alguna cosa, mi padre decía siempre: «Ha dicho el sobrestante de parte del ingeniero que le diga al capataz que trabaje el caminero». Y se reía con ganas cuando se repetía a sí mismo: «Ha dicho el capataz de parte del caminero que le diga al sobrestante que trabaje el ingeniero».

Más bajo que alto, de ojos azules, como era el pequeño de una familia de siete hermanos —al igual que le ocurrió a Laureano, dos años mayor que él, que tuvo que ir al seminario—, a Froilán le mandaron en otoño de 1916, con solo diez años, al monasterio cisterciense de Cóbreces, cercano a Comillas, en la costa de Santander. Aquello fue visto y no visto, porque, en cuanto pudo, se escapó del cenobio y, comiendo lo que le daban y durmiendo en pajares, recorrió caminos, prados, veredas y montes, cruzó la sierra de Híjar y se plantó en su casa en Santa María de Redondo para asombro de su familia.

Su destierro a Camasobres, a casa de su tía Daniela, fue una de las épocas más felices de su vida porque, según nos contaba él, a los caballos les daban azúcar en abundancia, y él se escapaba a la cuadra y compartía con ellos tan rico manjar. De aquella época le quedó la costumbre de espolvorear con azúcar en vez de sal la ensalada de lechuga.

El señor Froilán, mi padre, fue siempre un personaje curioso, atrevido y muy inquieto y sobrio a más no poder. Amante de la naturaleza y geólogo por instinto, y un poco aventurero, vendió novelas por entregas en los pueblos mineros en su juventud. Emigrante en Francia. Irredento soñador y buscador de yacimientos mineros cuando transitaba por los montes. Fue opositor a cartero urbano, abstemio y asmático, apenas dormía a causa de la tos. Cuando no dormía, cavilaba y soñaba proyectos. Guarda forestal

convertido en industrial artesanal que se las ingenió para dar estudios a los hijos por encima de sus posibilidades.

—¡Qué listo es tu padre, saca dinero de las piedras! —decían, y no les faltaba razón, porque lo hacía quemando caliza para convertirla en cemento romano.

Recuerdo que, nada más llegar a Aguilar, a mi hermana Rosa, que ya tendría siete años, la escolarizaron en el colegio de las monjas de la Compasión, y a Jesús, con cinco, lo enviaron al colegio de los frailes, ambos de pago. En el otoño del año 1946, mis padres me mandaron a la escuela pública. Era un edificio de una sola planta, que estaba cerca de la iglesia parroquial, justo al otro lado del puente del cuérnago. El primer día de clase me aturdió el griterío y el alboroto de los niños corriendo en todas las direcciones. Recuerdo aún el inconfundible olor de aquella mezcla de polvo, sudor, tiza y orines que flotaba en el aire. Lo que más me gustaba de la escuela era la estación meteorológica que había en un rincón del patio de recreo.

En la escuela había solo tres maestros y tres clases. Los párvulos íbamos con doña Cristina, los medianos con don Miguel y los grandes con don Fructuoso.

Todo aquello me trajo a la memoria el ambiente de la escuela de Cabezón de Liébana y el castigo de Jacinto.

—¿Pega el maestro? —le pregunté a mi compañero de pupitre.

—Claro que pega —me dijo con toda naturalidad, y luego detalló—: doña Cristina pega poco; don Miguel, bastante, y don Fructuoso, mucho.

Pero los que nos pegábamos de verdad éramos los propios niños. Al poco tiempo de estar en la escuela, me vi envuelto en una pelea con mi vecino Leandrín, el hijo de Chavea, el herrero del pueblo. En el intercambio de tortas y puñetazos que nos sacudimos, la nariz del pobre niño me dio en el puño, y al instante empezó a brotar la sangre. Al ver que mi contrincante se restregaba la nariz con la manga de la camisa, me dio tanta lástima que le presté mi pañuelo para que se limpiase. Enseguida sentí vergüenza por haber sido compasivo con él y, además, temí que el resto de la clase me tomara por un blandengue.

Uno de los niños que presencié la escena me amenazó con chi-
varse a la señorita Cristina cuando llegáramos a la escuela. Temero-
so de sufrir pública azotaina, como la de Jacinto en Cabezón de Lié-
bana, me rajé, me di media vuelta y estuve escondido en un estrecho
callejón que había entre la iglesia y el ayuntamiento. Y allí me que-
dé, entre la espada y la pared, en aquel callejón sin salida, porque no
podía ir a la escuela ni volver a mi casa. Menos mal que un emplea-
do del ayuntamiento que pasaba por allí me descubrió, me sacó de
mi escondrijo y me llevó hasta mi casa.

Mi madre, al verme con la camisa ensangrentada, se asustó y
me preguntó qué había hecho. Yo me negué en redondo a dar ex-
plicaciones, e insistí en que no quería volver a la escuela, y, pese
a que mi madre me sacudió de lo lindo con la zapatilla, no consi-
guió que desistiera de mi obstinación, ni pudo averiguar los moti-
vos de mi resistencia.

Al poco tiempo de aquello casi me muero. Todavía lo guardo en
mi memoria, porque son las primeras Navidades que recuerdo.
Estaba con mis hermanos, Rosa y Jesús, en la cocina, y mi madre
preparaba la cena de Nochebuena. No había calefacción en la vi-
vienda, que por la fachada sur daba al cuénago del molino del
caudaloso Pisuerga. Me acuerdo de que estaba en una cuna con
barrotes y que tenía en la mano una navajuca multiusos, pero no
tenía uñas ni fuerzas para desplegarla. Yo tosía mucho, por lo que
rechacé, desganado, las rosquillas que me ofrecían mis hermanos
y que acababa de hacer mi madre, que cantaba un villancico.

Brincan y bailan los peces en el agua,
brincan y bailan
porque ha nacido el alba.
Brincan y bailan los peces en el río,
brincan y bailan
porque ha nacido el niño.

O me dormí o perdí el conocimiento, pero mi madre se ocupó de recordarme varias veces todo lo que pasó durante el tiempo en que estuve fuera de juego. Sucedió que la Navidad desapareció, los peces dejaron de beber y se quedaron en suspenso en el río, y ella se quedó muda, porque don Antonio, el médico, le dijo muy serio:

—Este niño tiene una bronconeumonía y se nos muere, y el único remedio que tenemos a mano consiste en extraer sangre del brazo a la madre para inyectársela al niño. El resto lo dejamos en manos de Dios.

—Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío —exclamó mi madre, santiguándose.

También confiaba en don Antonio, porque, además de ser muy creyente, era especialista en pulmón y corazón y tenía una clínica en Quintanilla de las Torres, en la que los mejores especialistas del hospital de Valdecilla de Santander atendían un día a la semana a los mineros de Barruelo afectados de silicosis. Tenía un lema que era dogma de fe para mi familia: «La vida es lucha, sacrificio y dolor».

Mis padres confiaban ciegamente en el galeno, porque hacía años, en medio de una nevada de las de entonces, se había desplazado campo a través a caballo desde Aguilar hasta el pueblo en donde nace el Pisuerga para atender a mi tía Áurea, que se desangraba cuando nació mi primo Ruperto.

Cuando desperté, don Antonio no estaba allí, y tampoco la navajuca, que era mi gran preocupación aquellas Navidades, pero mi madre seguía a mi lado, y yo, por más que buscaba en todos los rincones de la cuna, no daba con ella, a pesar de que durante los días que duró mi convalecencia seguía suplicando: «¡Mamá, encuéntrame la navajuca!».

Nunca me dijo dónde la había escondido, pero en algunas ocasiones me recordaba que me había dado dos veces la vida: cuando me alumbró y cuando me dio su sangre porque me moría.

—¡Espabilaste, abriste los ojos y pediste que te diéramos unas rosquillas! —me decía, sonriente.

Teodosia, que nació en 1910, era bajita, risueña, muy hacendosa y tocaba divinamente la pandereta. Mis padres se casaron en Pa-

lencia hacia el año 1935. En total tuvo cinco hijos porque en Aguilar nacieron Luis y Pablo.

Mi madre se había encomendado al Sagrado Corazón de Jesús porque era una mujer muy piadosa. Decía que habría querido meterse a monja, pero mi abuelo no se lo permitió, porque era la mayor de seis hermanos; las cuatro mayores eran chicas y toda la ayuda era poca para atender el ganado y servir a los mineros en la cantina que tenían junto a la cuadra, entre muchas otras cosas. Era una mujer con muchos recursos y una gran contadora de historias.

A finales del siglo xx, un día en que ella —que tenía ya ochenta y cinco años y una memoria envidiable— había reunido a la familia durante el encuentro dominical en su casa de Madrid, después de comer, quiso retirarse a descansar con la disculpa de siempre.

—¡Hijos, estas piernas mías ya no me obedecen —alegó—, y el médico me ha dicho que la vejez es una enfermedad! A mi edad, yo ya no puedo durar mucho.

Nosotros protestamos, y como yo sabía lo importante que era para sus nietos conocer sus orígenes y sus antepasados, le pedí:

—¡Madre, cuénteles a sus nietos qué hacía a sus doce años cuando llevaba las ovejas a la sierra y venía el lobo!

La escena no podía ser más original e insólita: la abuelita en la cama relatando a sus nietos su encuentro con el lobo en el monte cuando ella era Caperucita.

—Llevaba conmigo un perruco muy cobardón que, en cuanto sintió que venía el lobo, en vez de agrupar el rebaño, se escondió bajo mis faldas. ¿Qué podía hacer yo? Pues ponerme en manos de Dios y rezarle: «¡Sagrado Corazón de Jesús, en vos confío!». Menos mal que las ovejas, en cuanto oyeron aullar al lobo, echaron a correr conmigo hacia el aprisco. Yo gritaba todo lo que podía: «¡El looobooo! ¡Que viene el lobo! ¡Socorroooo!», para que me oyeran los pastores de las merinas que estaban más arriba y vinieran con los mastines a espantarlo. Por suerte pude meter las ovejas en el corral y cerrar la puerta justo antes de que la fiera se pusiera a dar vueltas alrededor de la tapia para ver si encontraba una entrada.

Lo contaba tal como lo vivió, y tenía a los nietos embelesados con el relato.

—¡Qué miedo pasaría, abuela!

—¡Mucho! Porque aquel lobo era muy descarado, enseñaba las orejas por encima de la tapia y daba saltos para pasar a nuestro lado.

—¿Y usted qué hacía?

—Nos habían dicho en el pueblo que teníamos que gritarle muy fuerte palabrotas gordas.

—¿Le gritaba usted palabrotas, madre? —me sorprendí yo—. ¿Cuáles? Porque a usted no le hemos oído decir nunca esas cosas.

—¡No me quedaba más remedio, hijo, porque no llegaban los pastores!

—¡Dícales a sus nietos qué le gritaba y con qué palabrotas espantaban a los lobos!

—¡Ay, hijo mío, no me pidas eso, que me da mucha vergüenza decir palabrotas delante de mis nietos!

—No le dé vergüenza, madre, que eso no es pecado, porque hoy se habla muy mal y están acostumbrados a escuchar reniegos y juramentos.

Nos tenía a todos en vilo y dudó unos instantes, pero veía que los nietos seguían con avidez su relato, y que no podía hurtarles el final de la historia, así que se incorporó y, mirándonos fijamente, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Puto lobo! ¡Puto lobo! ¡Puuuutoo loooooboo!

Estallamos en una carcajada y ella se rio con nosotros.

—¿Qué pasó entonces, madre? —seguí yo preguntando.

—Que se lo grité varias veces, cada vez más fuerte, hasta que llegaron los perros con los pastores voceando detrás de ellos, y el lobo huyó con el rabo entre las patas. Pero era tan *descarao*, tan *descarao*, que se paraba y levantaba la cabeza desafiando a los mastines, pero lo hacía cuando ya estaba lejos, porque estos perros son muy grandes y llevan collares con púas para que no les muerdan en el cuello, que es por donde los matan.

CAPÍTULO 2

GELÍN, UN DUENDE ENTRE LAS RUINAS

Dos años después de que trasladaran a mi padre desde Liébana a Aguilar, pidió la excedencia como guardamontes y construyó un calero en el risco que protege al Convento Caído del viento norte y, a modo de eremitorio, levantó una casa de piedra en sus proximidades, extramuros del recinto conventual y a un kilómetro de la plaza de la villa.

En aquellos tiempos, en España mandaba Franco, y su régimen dictatorial estaba sometido al aislamiento internacional. Había racionamiento de alimentos, con el consiguiente mercado negro llamado estraperlo. El cemento escaseaba, y en su defecto había demanda de cal. Esta era fácil de obtener quemando caliza con el carbón de las minas del norte de Palencia.

Mira por dónde, teníamos una iglesia muy cerca de casa, aunque estaba en ruinas y cerrada al culto, pero, para mi madre, que, como ya he mencionado, era muy devota, nos estábamos acercando poco a poco al objetivo que, casi a modo de profecía, había señalado el cura que me bautizó.

Como ella no olvidaba lo del arzobispado de Toledo, procuraba con suavidad que me fuera aficionando a «las cosas de la Iglesia», y por ello me hacía acompañarle a misa mayor todos los domingos. Nos colocábamos en los bancos próximos al púlpito y me recomendaba que estuviera atento al sermón del cura párroco de Aguilar de Campoo. Recuerdo uno de esos domingos.

—¡Escucha, hijo, que empieza tu catequesis! —me dijo mi madre.

—*In illo tempore*, dijo Jesús a sus discípulos —comenzó el cura—: «Salió el sembrador a sembrar, y parte de la semilla cayó junto al

camino, vinieron las aves y se la comieron. Otra parte cayó en el pedregal, donde no había mucha tierra, y al salir el sol la agostó. Otra cayó entre cardos, crecieron estos y la ahogaron. Pero otra semilla cayó en tierra buena, y dio fruto, una ciento, otra setenta, otra treinta por cada una que sembró...».

—¿Te has enterado de lo que nos ha contado don Carlos? —me preguntó mi madre cuando regresábamos a casa.

—Que el Señor echó de comer a los pajaritos —respondí, resuelto—, después tiró un puñado entre las piedras y los espinos porque estaba distraído y después llegó a la tierra que dio el uno por ciento.

—Eso fue porque el Señor mandó a un criado a sembrar a voleo trigo o centeno, y como le pegaba mucho y le pagaba poco, el muchacho pensaba marcharse de aquella casa cuanto antes, no le importaba nada el resultado de la siembra y desperdiciaba las semillas porque sembraba al buen tuntún.

Un día de Semana Santa que no teníamos clase, dejó mi madre a mis hermanos Luis y Rosa al cuidado de la vecina y me llevó con ella a conocer el Convento Caído por dentro. Nos sorprendió encontrarnos a un duendecillo y una sirenita, pecoso él, rubia nevada ella, cogidos de la mano y encaramados en el puentecillo del arroyo.

—¿Vivís en este castillo? —les pregunté yo, que iba delante de mi madre.

—No es un castillo, es un convento —respondieron. Habían aparecido de improvisó y, cuando nos acercábamos, se colaron por un boquete de la tapia del patio de los manantiales y desaparecieron entre la maleza, dejando expedito el estrecho puente que permitía cruzar el arroyo sin peligro de caer al agua.

Dejando la carretera de Cervera y el risco a nuestras espaldas, apareció de inmediato ante nosotros la verja con el pórtico de entrada al Convento Caído. Como la puerta estaba abierta, pasamos sin dificultad al patio cuadrado de entrada, que me dejó impresio-

nado por su regularidad y proporciones. Más parecía un convento robado que caído, porque, a pesar de que sobrevivían sus balcones de forja, no tenía puertas ni ventanas, los tejados estaban rotos y había ortigas y zarzas por todas partes. Estábamos entrando en un territorio inexplorado. Para llegar al otro lado del patio tuvimos que cruzar un puente sin pretilas sobre el canal del arroyo y caminar bajo dos bóvedas agujereadas, que a modo de túnel, atravesaban el cuerpo central de aquel monstruo que amenazaba con tragarnos entre sus fauces. Sentí miedo, porque me parecía que nos estábamos metiendo en la boca del lobo.

Se me pasó el susto al cambiar de la oscuridad a la luz, porque fuimos a parar al antiguo patio de oficios del convento, que daba acceso a la huerta. Allí había una casona de labranza como las que yo había visto en mi Liébana natal. En una de sus ventanas asomaron la cabeza el duende y la sirenita rubia que hacía tan solo unos instantes nos cortaban el paso por el puentecillo del arroyo. Eran Gelín y Carmina, huérfanos de madre, y vivían dentro del recinto monástico, en la casona de la huerta, con Andrés, su padre, sus abuelos Mauricio e Isidora y sus tías Uca y Militina. También habitaban la casa sus tíos Nano el hortelano y Esperanza. Tenían dos hijos: Julito, de la edad de mis hermanos pequeños, y Esperancita, que iba en brazos de su tía Chucha, que era adolescente.

En aquella plazuela triangular convergían al menos tres familias. En la del extremo de poniente de la casa vivían el señor Tasillo y la señora Torcuata, con sus hijos Costan, Antonio, José, Fausto, Petra y Jacoba. Faltaba Emeterio, fusilado al comienzo de la Guerra Civil en un consejo de guerra sumarísimo.

El antiguo camposanto del convento hacía de corral de ovejas cuyos pastores eran el señor Ismael y la señora Matilde, que vivían en un habitáculo junto a los pajares situados sobre la cuadra contigua a la carretera de Cervera, justo enfrente de la cueva de Bernardo el Carpio.

Aprovechando el molino del convento, los hermanos Noriega molían el yeso que se quemaba allí mismo en un horno adosado al cuerpo de la balconada que miraba al mediodía. Y una familia

de gitanos vivía a temporadas a socallo del risco, en una cueva (antiguo eremitorio que fue origen del monasterio) cercana al riachuelo. El conjunto era un pequeño poblado al que daba vida el arroyo conventual que servía a más de cuarenta personas de su entorno.

—¡Qué huerta tan hermosa tienen ustedes! —les dijo mi madre a los hortelanos, y añadió, a modo de presentación—: Somos los nuevos vecinos y quisiéramos saber si se pueden comprar aquí las frutas, verduras y hortalizas que cultivan.

—Para eso estamos, y también para comprarles a ustedes la cal que necesitamos para desinfectar la cuadra... y proteger los frutales de plagas y del frío y el calor excesivos.

Mi madre había comprado dos kilos de patatas y estaba tan a gusto charlando con las mujeres que habitaban la casa. Como el tiempo pasaba, yo me aburría soberanamente. Las mujeres se dieron cuenta, y una de ellas gritó:

—No te escondas, Gelín, y baja un momento con Carmina, que tienes que enseñarles el convento a los nuevos vecinos que han venido a visitarnos.

El pecosillo bajó en un santiamén.

—No se molesten, podemos venir otro día —dijo mi madre.

—Aprovechen que están ustedes aquí y hoy no llueve, y es que, como el convento no tiene tejados, se empapan los muros y las bóvedas, y puede ser peligroso. Se dan una vuelta rápida para hacerse una idea y a la salida se llevan las patatas.

—A mí me gustaría visitar la iglesia —pidió mi madre, cogiéndome de la mano—, pero ¿no nos perderemos con ese niño?

—¡Qué va! —exclamó la mujer—. Gelín es un duende y conoce el convento mejor que nosotras.

—Sí, pero no sabe lo que es cada sitio —observó la Militina—. Yo voy con ustedes, que he acompañado muchas veces a señores que saben.

Gelín, que rondaría los cuatro años, iba por delante colándose por las puertas, escondiéndose detrás de los contrafuertes, saltando por el antepecho del claustro...

—Dicen que tiene mucho valor este monumento —iba explicando Militina—. Hace cien años o así, vinieron de Madrid, quitaron columnas y arrancaron los capiteles y se los llevaron a un museo de la capital, y en su lugar pusieron apeos de madera que se pudrieron o cayeron, y por eso se vinieron abajo muchos arcos. Esta es la sala capitular y por aquí andaba el locutorio —nos indicó—. Aquí dicen que estaba el refectorio, que es donde comían y cenaban los monjes, pero se pudrieron las vigas, los tejados y el piso de arriba y se hundieron; ya ven cómo está todo lleno de hiedras, ortigas y zarzas. A la cocina no se puede pasar porque está todo muy peligroso, llena de maleza, y no ha quedado nada de ella, a no ser la chimenea.

Después de recorrer el claustro y echar un vistazo a la sala capitular, pasamos a la iglesia. Como había sido un lugar sagrado, mi madre se santiguó devotamente y exclamó:

—¡Cómo se puede tener así un templo tan hermoso! ¡Qué bueno sería tenerlo abierto al culto, tan cerca de casa!

—Eso no puede ser —intervino la Chucha, que se había animado a acompañarnos—, porque ya no hay frailes que digan misa, y con la iglesia del pueblo, que es bien hermosa, hay más que de sobra. También hay una iglesia en las Claras. —Y como no se mordía la lengua, añadió—: Yo no me santiguo ni voy a misa, porque a mi padre lo fusilaron después de la guerra, y mi madre estuvo en la cárcel con un niño recién nacido por una denuncia de unos señores que iban a misa todos los días y también se santiguaban. Igualmente fusilaron por su culpa a un hijo de los vecinos. Dicen que al principio de la guerra paseaban por el camino del convento a los rojos que pillaban en sus casas.

A pesar de que la guerra había terminado hacía ya siete años, sus heridas seguían abiertas, sobre todo para los que la perdieron. Mi madre guardó silencio. Agradeció las explicaciones de la Chucha, recogió las patatas, se despidió de la familia del señor Mauricio y regresamos caminando a nuestra casa recién estrenada.

—¡Ay, hijo mío, qué suerte la nuestra! —exclamó mi madre—. Esta huerta es un tesoro y una bendición de Dios. Ya puede dar

gracias el dueño por lo mucho que la cuidan y lo bien que la tienen los hortelanos. Y lo mejor de todo es que está muy cerca, tienen de todo y nos atienden a cualquier hora. No sabes el dinero y el trabajo que nos ahorramos comprando al lado de casa, en vez de tener que volver yo del mercado cargada con las cosas que más pesan.